

La Verdad Religiosa

Revista mensual.

EL ADVIENTO

La significación de las grandes festividades y de la distribución del año en el calendario eclesiástico va extinguiéndose paulatinamente en la conciencia del pueblo cristiano, porque el año litúrgico es eminentemente simbólico. Para los extraños á esa disciplina que desconocen su origen, hablarles de la Epifanía ó del tiempo pascual ó de otras materias elementales, en otros tiempos sabidas de todos y hoy relegadas al olvido, si prescindimos del clero, es hablarles un lenguaje desconocido, exótico y sin vida. Y ni siquiera sospechan que en esos símbolos está representado todo el proceso, toda la historia de la Redención, de aquellos misterios inefables que ellos adoran con fe sincera y con amor entrañable en el fondo de su alma.

¿Será el Adviento uno de esos signos enigmáticos que nada dicen el espíritu, letra muerta, indescifrable misterio de la religión? Lo es sin duda para muchos, por otra parte cristianos intachables, pero sin cultura religiosa, sin una educación completa y acabada en las enseñanzas fundamentales de la Iglesia.

El Adviento, ese período de tiempo que comienza el domingo más próximo al último día de Noviembre y termina por Navidad, es una representación mística del Antiguo Testamento. Todo el Antiguo Testamento fué un símbolo de los tiempos evangélicos, una profecía viviente del Cristianismo; pero lo característico, lo

que con mayor ansia esperaba aquel pueblo desde Abraham hasta los tiempos de Herodes, lo que sus profetas vaticinaron y ellos llevaron impreso en sus corazones camino del destierro, y alimentaron en medio de todos los castigos del cielo, fué el cumplimiento de la promesa, la venida de su Libertador. Pues en memoria de estas esperanzas por tanto tiempo dilatadas y en las que se santificaron los patriarcas, los profetas y todos los justos de la Antigua Ley, instituyó la Iglesia este tiempo de Adviento, para prevenir á los cristianos de la grandeza del misterio por tantos siglos esperado, y prepararles dignamente para su celebración.

En el Oficio divino de ese tiempo de Adviento se ve claramente cuál es el espíritu de la Iglesia, al establecerlo como norma para todos los fieles. En los invitatorios anuncia la próxima venida del Redentor, invitando á los cristianos á salirle al encuentro para recibirle como á Rey—*Ecce venit Rex; occurramus obviam Salvatori nostro.*—Las lecciones del primer nocturno están tomadas del profeta Isaías que fué como el evangelista del *Christo venturo*. En el primer responsorio de Maitines de la dominica, primero se entabla una especie de monólogo admirable, donde se revelan las ansias de un pueblo oprimido que clama por su libertador: «Mirando hacia lo lejos veo un poder divino que se acerca y una neblina que encubre toda la tierra.—Salidle al encuentro y preguntadle: ¿dños si eres tú el que ha de reinar en Israel». Y cuanto más próximo está el gran día, la solicitud aumenta y la voz amenazadora del profeta austero que clama en el desierto, *preparad los caminos del Señor*, se torna en promesa consoladora: «Descenderé sobre Jerusalén como un río de paz y como un torrente la inundaré de gloria».

La preparación cristiana para celebrar tan inefable misterio debe superar inmensamente á la que Isaías

deseaba infundir en el pueblo judío, como excede la Ley de gracia á la Ley antigua. Por precepto eclesiástico se manda ayunar todos los viernes y sábados del Adviento, pero este ayuno material debe ir unido á una disposición de alma digna del Señor que viene á visitarnos y á quedarse entre nosotros. La venida de Jesús al mundo fué un símbolo de su venida á nuestras almas mediante la gracia, y sería muy triste que ahora como entonces, en lugar de recibirle como á dueño de todos nuestros afectos, le cerrásemos la puerta y le arrojásemos de nosotros con desprecio. *In propria venit*, dice San Juan, *et sui eum non receperunt*. Vino á su propia casa, y los suyos no quisieron recibirle, y se vió obligado á nacer en un establo, para huir después á tierras extrañas. El, que es el Sol de justicia, brilla en las tinieblas, alumbrá nuestras almas obscuras por los vicios, y nuestras almas no alcanzan á percibir su luz—*tenebræ eam non comprehenderunt*.

Según la Ley mosáica, ninguno que hubiese contraído alguna impureza legal podía celebrar la Pascua sin purificarse previamente; y estas impurezas de ordinario no suponían mancha alguna en el alma, porque la mayor parte afectaban directamente al cuerpo como miras higiénicas. Para celebrar la Pascua cristiana ¿hemos de ser menos exigentes que los judíos? Bien se hecha de ver que este misterio es un misterio de remisión, en el que Dios derrama abundantemente sus gracias, no exigiendo otra condición que la buena voluntad y disposición en el hombre, según cantaban los ángeles en la noche memorable: *In terra pax hominibus bonæ voluntatis*. Y por eso presentarse á celebrar la Pascua, sin haber purificado antes nuestra alma mediante la confesión, no sólo es poner un obstáculo á la gracia y á los demás carismas pascuales, sino que es además una ingratitude incalificable reusar la aceptación de ese jubileo plenísimo que Jesús nos ofrece. No

obstante las grandes apostasías de Israel, por las cuales fué castigado tan severamente con el destierro, en ese día, confiado en la benignidad de aquel Dios infante, el gran profeta aboga por la inocencia de su pueblo, descargando toda la responsabilidad sobre la Asiria: *et Assur absque ulla causa calumniatus est eum*. Pues de esa misma gracia centuplicada pueden aprovecharse los cristianos con una sencilla preparación, con solo un buen deseo y una voluntad sincera de asociarse al espíritu de la Iglesia en la celebración de esas solemnidades.

Así efectivamente lo entienden los buenos cristianos y durante el Adviento procuran frecuentar los sacramentos y reanimar en ellos el espíritu de penitencia y de expiación, para preparar al divino Niño un trono en sus corazones. Es precisamente esta la mejor ocasión para recobrar la gracia perdida, para obtener nuevos favores del cielo y para que la hermosura ideal de Jesús infante cautive nuestras almas.

FR. V. BELTRÁN.





EN VÍSPERAS DE NAVIDAD

SE aproximan, lector amigo, los días solemnes en que la Iglesia nuestra madre celebra con júbilos de inmensa alegría el nacimiento de Jesucristo. En sus cánticos sagrados claman al cielo los sacerdotes, repitiendo los acentos de los antiguos videntes de Israel, aquellos acentos sublimes de esperanza que removían los corazones del pueblo escogido, haciéndole prorrumpir en suspiros, anhelos vehementes, ansias incoercibles de algo que esperaban desde lejanos tiempos.

«Desprended, cielos, vuestro rocío; lloved, nubes, al Justo. Abrase la tierra y germine al Salvador. Brote hermoso y rozagante el Retoño de David; luzca ya la Estrella de Jacob».—Henchida el alma de placer, entona estos cánticos divinos, que fueron un día alimento de toda una nación, siente renacer en su interior estas esperanzas, que ya ve cumplidas en su realidad histórica, mas no por completo en su sentido místico. Por eso el alma religiosa, en víspera de Navidades, suspira, canta y llora como los profetas de Israel; pide al Justo que venga á su corazón, llámale con acentos de tierno amor. Nada más digno de un cristiano que esta disposición de espíritu en las solemnidades de Pascua. Para

fomentarla un poquito, en cuanto esté de mi parte, trazo estas líneas, caro lector. Intento poner delante de tus ojos el teatro de los acontecimientos gloriosos que vamos á celebrar. Para lo cual me basta decirte dos palabras sobre el tiempo y el lugar de su verificación.

I.

Corría el año 753 de la fundación de Roma. El templo de Jano habíase cerrado, lo cual quiere decir en lenguaje sencillo que estaba en paz el mundo. Por las grandiosas vías, que cruzaban el imperio á partir de la capital hasta sus más lejanos confines, caminaban las legiones romanas, desprovistas de todo apresto guerrero, empleadas en otros negocios al servicio público.

Ya no se oía el rudo batallar de los ejércitos, ni los gemidos de los prisioneros y moribundos turbaban el reposo de los fieros legionarios. Trocada era la espada en reja y las maderas de los arietes, tortugas y ballestas en arados. En vez del campo de batalla ocupaba el centurión su fértil senara, y el bastón de mando sustituyólo por la manchera. Roma por su parte hermoseábase cada día con templos magníficos, soberbios palacios, columnas y estatuas, escalinatas de pórfido, pórticos y arcos. El pueblo rey divertíase tranquilo con los espectáculos del Circo y los estertores del gladiador moribundo en la arena del Anfiteatro, con los opíparos banquetes, con las orgías nefandas... Todo era fiesta y regocijo. Octavio Augusto mantenía las riendas del imperio; no había por qué temer. De España y Egipto, graneros de Roma, venían provisiones en abundancia, florecían las artes, profetaban las sibilas, cantaban los poetas. La Edad de Oro había vuelto sobre la tierra. Visto por la superficie, el Imperio Romano—el más grande que contemplaron los siglos—era un panorama de infinitas dimensiones, vestido de rosas, luces y colores; era un paraíso, sin espinas, sin dolores, sin lágrimas ni gemidos.

Más allá dentro, en las entrañas del coloso, en los *bajos fondos* de aquella sociedad inmensa reinaba la desolación. ¡Cuánta lágrima, cuánto suspiro, cuánto cieno, cuánto horror! Millones de esclavos arrastraban las cadenas de la más

horrible servidumbre. En el Anfiteatro batíanse feroces hasta darse muerte, sopena de ser luego pasto del furor popular: en casa de sus señores cumplían con los oficios más viles y degradantes, cuando no servían de alimento á las murenas ó á la crueldad sanguinaria de sus dueños airados. No eran ellos dignos de la vida, sino para gastarla á gusto y placer de quien los había comprado por algunos sextercios. Bastaba cualquier desagrado de sus despóticos amos para ser al instante arrojados á la voracidad de los peces, que de sus carnes miserables se mantenían en los estanques, para diversión y deleite bestial de los ricos romanos. Después de los esclavos venía el pueblo corrompido, sanguinario, holgazán, hambriento, haraposo, entregado por completo á los espectáculos y banquetes que la munificencia del César de vez en cuando los deparaba. Este es el pueblo embrutecido que, años después, harto de ver la sangre de los gladiadores correr por la arena del anfiteatro, clamaba ébrio de furor: *¡Christiani ad feras!* Más arriba, vestida de púrpura y seda, adornada con diamantes y topacios, sentada en literas de oro conducidas por esclavos vistosamente enjaezados, era de ver la noble sociedad romana aún más viciosa que el populacho. Nada digamos de sus festines y frenéticas orgías, nada de sus lujos, impurezas y deshonestidades. La frente cristiana se enrojece al leerlas en los libros, y mi pluma no quiere excitar el rubor de mis amables lectores. Sea bastante saber que cuanto de vil, degradante y vergonzoso ha ideado la malicia humana, todo se hallaba en grado supremo en aquella corrompida aristocracia, que se creía dueña y señora del mundo entero, mientras era en realidad esclava envilecida de todos los vicios de las naciones que había dominado. Esta espantosa corrupción de costumbres fué lo que hizo exclamar á Juvenal: *¡El mundo se ha vengado de nuestras victorias, dándonos todos sus vicios!* Es lo cierto que, si los escritos de entonces se hubieran perdido y Herculano y Pompeya no hablaran por boca de sus mudos, pero elocuentes monumentos, nos parecería fábula y sueño lo que la historia nos cuenta de aquella época, sumida en el lodazal de todas las inmundicias carnales.

II.

Mas no era todo basura en el mundo antiguo. Guardado por Dios para grandes destinos, en un rinconcito del Imperio, á las orillas del Mediterráneo, rodeado por altas montañas, pacíficos mares y áridos desiertos, vivía un pueblo semita, separado de los otros pueblos y provincias sometidos á los Césares, por su lengua y aún más por sus creencias y sentimientos religiosos. En medio de la idolatría reinante él solo era monoteísta, tributaba culto al Dios verdadero, y mantenía con Él relaciones de amistad. Su significación política era nula, su extensión muy corta, su nombre, despreciable al pueblo romano. Naturalmente era inconcebible que en aquel tan humilde recodo del mundo latiese la esperanza de la humanidad. A pesar de eso, de allí salió el Salvador de las naciones, el restaurador de la dignidad y libertad humanas, el maestro de los pueblos, el César soberano ante quien humillaron su frente todos los Césares de la tierra. Su cetro fué símbolo de paz y su dominio reinado del amor. Nunca usó de la espada para extender sus conquistas, ni jamás sus soldados vistieron trajes bélicos.

Vivía en paz el pueblo judío, gobernado por la alta inspección del Pretor romano, pero conservando su culto y religión, sus leyes propias y su rey impuesto por los Césares de dinastía extranjera. Agitábanse en su interior antiguas esperanzas; anhelos de antaño en vísperas al parecer de cercano cumplimiento según la creencia popular. Era común sentimiento que en los vaticinios proféticos estaban anunciados aquellos tiempos con inusitados detalles, y la fe de Israel, arraigada profundamente en las masas del pueblo, veía en la época á que nos referimos los días señalados por sus vates sagrados para la realización de las divinas promesas. Ciertó que en las altas esferas de la sociedad judía campeaba más ó menos el escepticismo con visos materialistas harto acentuados; pero los israelitas fieles, que eran como siempre el pueblo sencillo en su inmensa mayoría, creían firmemente que eran llegados los tiempos mesiánicos. Por eso sentía Israel más que nunca fervores religiosos, latidos de vida divina, ansias de espiritual renovación.

¿En dónde se ocultaba la Esperanza del pueblo fiel, el deseado de las naciones, la brillante Estrella de Jacob?

No lejos de Jerusalén asentábase en hermosa campiña un pueblecito con presunciones de villa. Hacia este lugar casi instintivamente se dirigían las miradas de los judíos piadosos. Belén había sido patria de David, y, apesar de su humildad presente, Miqueas colocó allí la cuna del Mesías. Rodeada la villa de David de colinas y abundosos pastos, en donde innumerables majadas tenían puestos sus reales, mustia y silenciosa en invierno, vestida de flores y alegría en verano, siempre pacífica y tranquila, añoraba la realeza perdida por la ausencia de la estirpe davídica, cuyo paradero desconocía. No por eso había perdido las esperanzas. Confiaba firmemente en las palabras del Profeta. El lo había dicho con sublime majestad: «Tú, Belén, de ningún modo serás llamada pequeña: de tí saldrá el Jefe de mi pueblo, Israel».

III.

Trasládate aquí ahora, amable lector; dirige á este pueblecillo, apenas conocido por la Geografía y la Historia, las miradas amorosas de tu pensamiento. Es una tarde del triste invierno. Los últimos rayos del sol moribundo quebrábanse en las rocas de las colinas cercanas, é iluminaban tristemente la paz sudorosa de los viajeros, que en largas caravanas habían venido desde muy lejos á empadronarse por orden de Augusto. Si te fijas en sus rostros, veráslos sañudos, llenos de indignación por ser obligados á cumplir los caprichosos decretos de un emperador ídólatra, despreciador de su templo. Si en el tono general de sus personas, trajes y equipos, hallarás que es gente pobre, míseros campesinos, de dulces facciones, de rostros serenos. Mira esta cara vana; con templa esa pareja que, algo señera é incomunicada de sus compañeros, camina silenciosa, con aspecto festivo, ojos risueños, cara iluminada por un extraño reflejo de luz invisible, de fulgores divinos: es una humilde familia de Nazaret. Llámanse José y María los viajeros. Han venido como los otros á cumplir las órdenes del César. Nadie los conoce en Belén, y, aunque de regia estirpe, pasan

de todos desapercibidos. Sus compatriotas mismos ignoran el árbol genealógico de su nobilísimo abolengo. Sólo se conoce en los registros del Templo; pero ellos son tan humildes que jamás quisieron esclarecer las sombras que ocultan su regio linaje.

Sigue atento sus pisadas. Mírales de puerta en puerta pidiendo albergue. No lo encuentran en ninguna parte. Los mesones han sido invadidos por los extrajeros que mejor pueden pagar el hospedaje. Ellos son pobres y nadie los recibe. No se quejan, no se ponen tristes, ni pierden su noble continente. Salen de la villa, y buscan asilo en alguna de las cabañas pastoriles que la rodean. Bien pronto se le depara la Providencia. Ha cerrado la noche. Todo está en silencio. El establo, que sirve de refugio á José y María, háse revestido de extraños resplandores. Es que allí dentro sucede algo portentoso, que otra pluma mejor cortada que la mía te describirá, lector querido. Yo me detengo ante el misterio. El corazón te hablará con más elocuencia que el humano lenguaje. Escucha sus palabras en presencia de las gentes de Belén, de las pajas del pesebre, de los gemidos del Niño-Dios recién nacido. Contempla, humíllate y adora. Ese tierno infante salvará al mundo.

P. GRAÍN.





AL NIÑO JESÚS

VILLANCICOS

PARA LA ANGELICAL NIÑA DE SEIS AÑOS MARÍA GARCÍA.

Duérmete, Niño mío,
duérmete un poco;
mas antes que se cierren
tus bellos ojos,
una mirada
de tierno amor dirige
sobre mi alma.

Duérmete, Jesús mío,
que yo te velo,
y, para que disfrutes
tranquilo sueño,
quiero arrullarte,
al son acompasado
de mis cantares.

Ramillete de azucenas,
tornasolado arrebol,
bálsamo de nuestras penas,
espejo del mismo Dios,
Jesús mi ensueño,
tú eres mi dueño,
pues con empeño
buscas mi amor.

Naces en forma de niño
débil y en necesidad,
para robar mi cariño
con tan hermoso disfraz.
¿Cómo no amarte,
si con tal arte
sabes ganarte
la voluntad?

Tus ojos son dos estrellas,
tus labios son de coral
tus manecitas dos pellas

de nieve y fino cristal,
y tu sonrisa
dulce cual brisa,
volando aprisa
sobre un rosal.

Abre á mi alma la puerta
de tu amante corazón,
él es la esperanza cierta
de su eterna salvación.
Ahí escondida
tendrá guarida,
lecho y egida
de protección.

Dame á beber una gota
de ese limpio manantial,
que en tu pecho siempre brota
en amoroso raudal.
Su linfa pura
da la ventura
y es su dulzura
como el panal.

Manojito de flores,
perla de Oriente,
lucero de mi vida,
sol refulgente,
¡ay! qué gracioso,
eres Niño del alma,
luz de mis ojos.

Airecillos del campo,
brisas del bosque,
robad gratos aromas
entre las flores;
venid aprisa
y al Niño Dios traedle
suaves caricias.

Basta, ¡chist! que dormido
quedó mi prenda;
no cantéis avecillas,
dejad que duerma;
soplad más leves,
airecillos del campo,
no se despierte.....

FR. J. PRIETO.





LA MEJOR PARTE

UNO de los cuadros más patéticos de la vida del Salvador, tuvo lugar en un castillo de la ciudad de Betania. Yendo el Señor de camino, dice San Lucas, entró en cierta ciudad, donde una mujer, por nombre Marta, le hospedó en su casa. Tenía ésta una hermana, llamada María, la cual sentada á los piés de Jesús, escuchaba sus divinas palabras, y dejaba á Marta sola en su ocupación de disponer todas las cosas. Hubo un momento en que Marta se atrevió á decir: «Maestro, ¿no reparas que me deja sola mi hermana con todo el cuidado del servicio? Díla, pues, te ruego, que me ayude.» Pero el Señor la responde: «Marta, Marta, tú te afanas é inquietas distraida en muchas cosas, y una sola es necesaria: María, *optimam partem elegit*; María ha escogido la mejor parte, de que jamás será privada.»

Esta incomparable escena realizada hace veinte siglos la vemos repetirse constantemente. ¡Cuántos cristianos á imitación de Marta reciben á Jesús en su casa, pero como ella ponen demasiada solicitud por los asuntos del mundo, dejando los de la salvación relegados á segundo lugar! Estos son los que, al verse así agobiados por los quehaceres, se atreven á decir: «Señor, ¿para qué esos Conventos de almas contemplativas?» Pero Jesús les contesta, lo que contestó á Marta: «Vosotros mucho os afanais en las cosas de la tierra, y descuidais las principales, que son las del cielo; de-

jad á estas mis hijas, porque han escogido la mejor parte, de que *jamás serán privadas*. Sí; cuando yo veo á estas mis amadas discípulas postradas á mis piés, regándolos con sus lágrimas, enjugándolos con sus velos, y escuchando mi palabra; cuando yo las veo en el coro, en la celda, en sus ocupaciones, recogidas, silenciosas, humildes, sin dejar la meditación de mis divinos oráculos, la contemplación de mis perfecciones, no puedo menos de exclamar y decirles: *Habéis escogido la mejor parte.*»

Hubo un día en que el mundo y el claustro solicitaron á la religiosa; por una parte veía la protección de un padre, los cariños de una madre; los encantos de la fortuna, los atractivos de una vida independiente y libre; veía en fin, todas las ilusiones y placeres con que el mundo aparenta convidar á un alma joven. Por otra parte veía el claustro con su soledad y silencio, con su abyección y sacrificio, con la abdicación absoluta de su voluntad; pero veía también representados ante sus ojos aquellos consejos de Jesucristo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame; porque el que quiere salvar su vida, perderla ha; más el que perdiese su vida por mí, hallarla ha.» Y esa jóven, fiel á su alma, al llamamiento de la gracia, no vacila en tomar el camino áspero y dificultoso de la vida religiosa, y allí, ante las gradas del Altar, bajo las sombrías bóvedas del templo, jura fidelidad á Jesús, desposándose con Él, por medio de los votos religiosos, que son tres amorosos lazos, que la unen estrechamente con el Salvador; pues como dice un Venerable: «Por los tres votos, hace el alma una unión con Dios, con cierto remedo á las tres divinas Personas, *uniéndose con cada por cada voto*, de un modo que yo no sé explicar. La sacratísima Humanidad de Cristo muestra indecible gozo y agrado, viendo le siguen por sus huellas: la Santísima Virgen recibe gloria accidental, y se regocija, como si en cierto modo renovase su voto de virginidad.»

¿Qué es una religiosa? Es un alma ofrecida en el Altar santo de los perfumes, es una víctima inmolada en aras del Amor divino. Miradla, ella ha menospreciado todas las riquezas y comodidades que le ofrecía el mundo, y sólo pien-

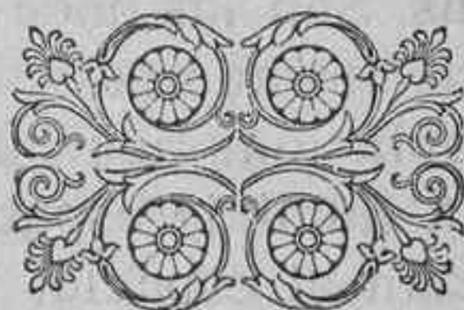
sa en seguir el ejemplo de aquel divino Niño, que siendo rey de cielos y tierra, nace en la mayor pobreza, teniendo por palacio un establo y por cuna un pesebre; de aquel Dios, hecho Hombre, que muere desamparado de todos, pues no tiene una persona caritativa que refrigere su sed con un vaso de agua, ni un miserable lecho, donde reclinar su traspasada cabeza, más que el duro madero sobre el que exhala el último suspiro, aquel triste «*consummatum est*». Miradla, ella se ha privado de todos los goces y placeres sensuales, y sólo anhela conservar pura y lozana la delicada flor de la pureza virginal, que tan fácilmente se empaña y se marchita, llegando así, hasta igualarse en cierto modo con los ángeles, y acercarse á María Santísima, que es la casta por excelencia, la Virgen de las vírgenes, y aún al mismo Jesucristo, cuyo pecho es la verdadera fuente de pureza. ¡Cuán hermosa y encantadora es un alma casta! No amando á persona alguna en el mundo, sube á buscar pábulo para sus afectos en las cosas del cielo, en aquellas divinas Personas, que allá tienen su trono, especialmente Jesucristo, que es el centro más dulce y regalado del amor. ¡Qué acto tan heroico el dejar el país, la familia, los bienes, y toda clase de afectos, y preferir á los goces de la naturaleza las austeridades de la virginidad! Pero aún no está completa la inmólación, que no deja ya nada subsistente en la víctima, que es el verdadero holocausto; falta el voto de obediencia, que es la verdadera espada con la cual inmola lo más vivo, lo más indestructible, lo más imperioso: *su voluntad*. Con esta inmólación ya no queda nada en ella, el holocausto ha sido consumado, todo lo ha dado en aras de su Dios.

Pero seguid contemplando á esas almas enamoradas de su divino Esposo Jesús. Son las doce de la noche, todo permanece en silencio, los moradores se han entregado al sueño y al reposo, la población, tiene la triste imagen de un cementerio; mas de la humilde espadaña de un Convento lúgubres ecos se lanzan al espacio, resonando por toda la población. ¿Cuál es el lenguaje de ese metálico eco? ¿no dice á los que yacen entregados al descanso, que las religiosas abandonan su duro lecho para cantar las divinas alabanzas, para confesar á su Dios y loar sus divinos atributos, como

el real Profeta? Así es la verdad, tal es el empleo santo de esas almas candorosas, de esas esposas del Cordero; pues así como el cielo tiene sus cantos y sus himnos, que sin cesar regocijan la ciudad santa, así también en las soledades del claustro.

Escuchad ahora los coloquios de estas religiosas con su divino Esposo. «Jesús mío, con toda mi alma te bendigo una y mil veces, por haber inclinado mi voluntad á la vida religiosa. ¡Oh soledad santa! ¡Oh austeridad bendita! ¡Votos sagrados, cuán dulcemente gravados os tengo en lo más recóndito de mi corazón! ¡Santa Regla, cuán atractiva me eres! ¡Humilde sayal de mi hábito purísimo, por nada te cambiaría, ni por la seda y pedrerías de las reinas! ¡Frívolas satisfacciones del mundo, nada sois para mí, comparadas con las alegrías del claustro!» ¿No es sublime este lenguaje? Pero proseguid aún escuchando. «Otro Amador tengo que me dió su anillo por prenda de su fe, y me adornó con riquísimas joyas. Desposada estoy con Aquel á quien sirven los ángeles; amándole, soy casta; tocándole, soy pura; poseyéndole, soy virgen..... Esperar que me dobleguen, sería injuriar á mi Esposo: Él me amó primero, y de Él soy, ¿Por qué aguardas, verdugo? ¡Perezca el cuerpo que puede ser de ojos carnales amado.» Así hablaba una niña á la edad de trece años ante los tiranos; y así habla la religiosa, la enamorada de Cristo, ante los amadores del mundo.

FR. M. CORDERO, O. P.





MISCELANEA

Respuesta sublime.—Visitando el emperador de Alemania una escuela elemental, quiso examinar por sí mismo la ciencia de los niños, por lo cual, tomando una naranja en las manos, les preguntó:

—¿A qué reino pertenece esta naranja?

—Al reino vegetal, señor—dijo una niña.

El Emperador sacó entonces de su bolsillo una moneda de oro, y enseñándosela, dijo:

—¿A qué reino pertenece esta moneda?

—Al reino mineral, señor—contestó la niña.

—¿Y á qué reino pertenezco yo?, prosiguió el emperador.

La niña se ruborizó, porque no quería decir que al reino animal, cuando le vino una idea verdaderamente cristiana, y le dijo conmovida:

—Al reino de Dios, señor.

El emperador quedó muy emocionado. Se vió asomar una lágrima á sus ojos, puso su mano sobre la cabeza de la niña, y dijo muy solemnemente:

—¡Ojalá sea yo digno de aquel reino!

Un «hurra», verdaderamente sentido, acogió las palabras del emperador.

La santificación del Domingo.—Un campesino se burlaba de un vecino suyo que no trabajaba, como él, en Domingo, y santificaba el día del Señor asistiendo á Misa y otros actos del culto en la Iglesia.

—Figúrate, díjole un día este buen vecino, que tienes en la bolsa siete monedas de oro y que, encontrando á un pobre, le das seis. ¿Qué dirías á esto?

—Que es generoso y que fué feliz el hombre que le encontró tan bien dispuesto para con él, por lo que debe estarle agradecido.

—Muy bien. Ahora, si en vez de agradecerme, me echase al suelo y me robase la única moneda que me reservé, ¿qué dirías?

—¡Desgraciado, infame! merecería ser ahorcado.

—Pues ahí tienes tu historia. Dios te da seis días para trabajar, reservándose el séptimo, mandándonos santificarlo; y tú, en vez de mostrarte agradecido á sus beneficios, no respetas su voluntad, y le robas el día séptimo. Es el mismo caso.

Por interesado.—Hace pocos años vivía en Francia un médico afamado por las muchas y difíciles curaciones que había realizado. Con fundamento ó sin él le atribuía la gente el defecto de ser algo avaro. Un día se presentó á él una señora cuyo hijo único había sido asistido durante una enfermedad gravísima por el médico de que hablamos. La señora le habló en estos términos:

—Doctor, os debo la vida de mi querido hijo; por ello os estoy sumamente agradecida y como recuerdo de mi reconocimiento profundo espero que aceptaréis este portamonedas bordado por mí mano.

El Doctor, llevado de su ciego interés, rechazó con la mano el regalo y contestó estas palabras:

—Señora, soy poco aficionado á objetos de arte. Vos misma comprenderéis que mi vida y mi profesion tienen sus exigencias, y por tanto necesito una remuneración algo más sólida.

—Pero ¿de qué otra cosa se trata, Doctor? Fijad vos mismo vuestros honorarios.

—Yo, replicó el médico sin delicadeza, estimo mi trabajo en cinco mil francos.

—Bien está, concluyó la dama. Y abriendo el portamonedas, sacó de él diez billetes de á mil francos cada uno, dió cinco al Doctor y los otros cinco se los guardó con el rico portamonedas. El médico perdió, por codicioso, cinco mil francos y es de creer que este chasco le enseñase á no ser tan avaro en adelante.

Lógica del ateísmo.—Sobre el lago de Ginebra navegaban á bordo de una lancha, entre otros personajes, un sacerdote y dos masones. Los dos sectarios, para mortificar al clérigo, empezaron á blasfemar de la Religión católica y acabaron por negar la existencia de Dios. No pudiendo el sacerdote resistir ya la garrulería de aquellos impertinentes charlatanes, se encaró con uno de ellos y le habló en esta forma:

—Diga V., señor mío, ¿no es cierto que nosotros, según todas las apariencias, nos vamos alejando de la costa?

—Pues claro que sí, contestó el masón.

—Sin embargo nosotros estamos quietos: luego quien se mueve es la lancha en que vamos, pues no creo que V. se figure que la costa, antes inmóvil, es la que se aparta de nosotros.

—Es evidente. Pero ¿á qué viene todo eso?

—Ya lo veremos. Por ahora basta con que me conceda que ni la costa, ni nosotros nos hemos movido. Pero, si quien se mueve es la lancha, dígame V. ¿la barca se mueve por sí misma?

—No, señor, que la mueve el barquero—dijo sin vacilar el masón.

—Está bien. Pero, si el barquero no fuera superior en algo á la barca, y á las aguas que atravesamos y á las montañas que atrás se quedan y en cierto modo exterior á ellas, ¿podría causar este movimiento?

—No por cierto.

—Lo cual prueba que el barquero tiene un entendimiento, que es el que causa y ordena esta locomoción. ¿No es verdad?

Al llegar á este punto, el otro masón que había estado callado hasta entonces, se acercó al oído de su compañero y le dijo: «Niégaselo sin escrúpulos; de hacer lo contrario, estás perdido». Mas al interpelado le pareció tan absurdo el consejo y tan claro el razonamiento del sacerdote, que se creyó obligado á decirle que así era la verdad.

—Pues bien, prosiguió el argumentante, este mundo podemos compararlo á una gran máquina, que tiene todas sus partes componentes en movimiento perfectamente ordena-

do. ¿Hay alguna de ellas que necesariamente se mueva y tenga virtud para mover á todas las restantes?

—El masón no pudo menos de confesar que no podía señalarse ninguna que tuviera esa potencia.

—Luego ha de haber un entendimiento exterior al Universo y superior á él, que ponga en ordenado movimiento la Tierra, el Sol y los demás astros, con todos los seres que guardan en sus ámbitos inmensos.

—El masón, aturdido por la argumentación inflexible del sacerdote, no supo oponer ningún reparo á esta última conclusión.

—Pues bien, terminó el sacerdote, á ese entendimiento exterior al Universo y superior á todo cuanto existe; á esa inteligencia motora y ordenadora de todas las cosas yo le llamo DIOS; V. llámela como quiera.

Entonces el otro masón, encarándose con el que sostenía la polémica, le dijo muy enfadado: «¿No te dije que se lo negaras todo? Con esta gente no se puede discutir de otra manera. No hay más remedio que negárselo todo desde un principio, si no quiere uno verse obligado á concederles hasta las últimas conclusiones».

Y, como si hubiese proferido una gran sentencia, miró con desprecio al sacerdote, y, sin decir otra palabra, fué á sentarse en su banco.

Hé ahí la lógica de los incrédulos. Lo que les falta de filosofía les sobra de audacia y frescura.

Un rasgo de Napoleón.—Cuando Mma. Campon presentó al gran Emperador el plan de educación que pensaba implantar en el colegio de niñas de Ecoeu, Napoleón no solamente lo aprobó, sino que con aquel buen sentido práctico que solía guiarle, cuando las pasiones no le dominaban, fué más exigente que Mma. Campon. Esta había escrito en su proyecto de reglamento: «Las alumnas de Ecoeu oirán misa todos los domingos y jueves»; pero Napoleón, tachando la frase, escribió de su propio puño: «Las alumnas de Ecoeu oirán misa *todos los días*».



SECCIÓN DE NOTICIAS

De España —El día 12 de Noviembre se efectuaron las elecciones para concejales. En todas partes salió una mayoría aplastante de monárquicos. Parece que el Sr. Canalejas apretó las clavijas á los republicanos que ahora chillan desafortadamente, llamando al jefe del Gobierno retrógado, sacristán, clerical, etc., etc.

Enseñando leyes.—El Primado de España, Cardenal Aguirre, ha dirigido por sí y en nombre del episcopado español una exposición al Ministro de Hacienda, mostrándole que la ley de 29 de Diciembre de 1910, en que se creó un impuesto de 25 céntimos anual «sobre el valor de todos los bienes de que sean dueñas ó poseedoras las sociedades, corporaciones y demás entidades de carácter permanente, cuyos bienes y derechos no sean trasmisibles por sucesión hereditaria», no afecta ni puede afectar á las iglesias, capellanías, cabildos, casas, comunidades é institutos religiosos de cualquier culto. Y no afecta, 1.º, porque en la historia jurídica española se ha considerado á la Iglesia y Entidades religiosas en un orden especial, reconociéndolo así nuestro código civil, art. 38; 2.º, porque así está pactado con la Santa Sede; 3.º, (es una regla elemental de derecho) porque las cláusulas generales no atañen á las materias que gozan de condiciones propias, á no ser que de ellas se haga especial mención; 4.º, porque la Potestad civil debe contar en este caso con Roma, pues se trata de un convenio entre ambas potestades. Según lo cual, la ley de 29 de Diciembre no se puede referir sino á las Entidades que *pura y exclusivamente* dependan del Estado. Con que ya lo sabe el Sr. Ministro de Hacienda; cuando no alcance á interpretar bien las leyes, no faltará algún clérigo ignorante que le enseñe.

Nuevos Apóstoles.—El 20 de Noviembre han embarcado con rumbo á América cinco religiosos dominicos de la provincia de España. Son los RR. PP. Vicente Isla, Esteban Landáburu, Manuel Díez y el Hermano de Obediencia R. Fr. Mateo Muñiz. Con ellos vuelve el M. R. P. Pablo Sánchez. Feliz viaje y feliz éxito en la evangelización á los nuevos apóstoles. También sabemos que se prepara una nueva legión de Dominicos españoles para ir á las misiones vivas de Urubamba (Perú), donde están haciendo los Dominicos obra de civilización y de apostolado entre los indios salvajes. Que Dios dé fuerzas á los nuevos misioneros, y que N. P. Santo Domingo les envíe desde el cielo su paternal bendición.

De Santiago de la Puebla (Salamanca).—Los Guardias de Honor de esta villa han celebrado este año la fiesta del Rosario con

inusitado esplendor. El día señalado para la fiesta fué el último Domingo de Octubre. Gracias al celo y entusiasmo de los Jefes de Sección, que no se desdeñaron de ir de casa en casa pidiendo una limosna para el culto de la Virgen, consiguieron poder estrenar este año un primoroso estandarte bordado en los talleres de los señores Garín, de Madrid.

El estandarte tiene en el anverso un hermoso lienzo pintado al óleo y representando á la Virgen en actitud de entregar el Rosario á Santo Domingo; en el reverso está delicadamente escrito el estribillo: *Viva María, viva el Rosario, viva Santo Domingo que lo ha fundado*. Por la mañana de dicho día hubo comunión general de los Guardias de Honor de María; á las diez misa solemne, antes de la cual el señor Párroco Dr. D. Eloy Usallán bendijo el estandarte. En la misa cantó las excelencias del Rosario el P. Pedro Gutiérrez, del Convento de Salamanca, haciendo ver su influencia santificadora en el individuo y en la familia. Por la tarde fué la procesión concurrida y brillante como nunca.

La villa de Santiago de la Puebla es devota y entusiasta del Rosario como habrá pocas en esta hidalga tierra. Además de esta función de los Guardias de Honor celebran otra el primer domingo de Octubre los Mayordomos, cargo que desempeñan por turno los vecinos. Los socios del Rosario Perpetuo-Guardia de Honor de María contribuyen en primer lugar á mantener viva la devoción del Rosario. Forman ocho coros agregados á la División séptima del Centro de Salamanca. Los nombres de los Jefes, que á la vez se han constituido en Junta directiva local, son como sigue: día 1, doña Rosa Benavides, Tesorera; día 11, doña Atanasia García; día 12, doña Isabel Josefa Jimeno; día 21, don Timoteo Serrano, Secretario; día 28, doña Andrea Panadero; día 29, doña Jacoba García; día 30, doña Jerónima Jiménez; día 31, doña Felisa Jiménez, Presidenta. La Virgen premie sus esfuerzos.

Del Extranjero. — **Ignorancia frailuna.** — El P. Macconi O. F. M., director del Observatorio de Sena, ha inventado un aparato para preveer los temblores de tierra. Dicho aparato anuncia los terremotos diez minutos antes que los mejores instrumentos hasta el día conocidos.

Niños prodigiosos. — En Francia se trata de crear tribunales especiales para niños de 8 á 13 años. En los cuatro últimos años un diecisiete por ciento de los atentados personales han sido cometidos por niños, habiendo ingresado 530 niños y 110 niñas en las colonias penitenciarias. Estos son los frutos de la escuela laica. En sus aulas,

ya que no se aprenda ciencia, al menos se despierta de un modo maravilloso la precocidad de los niños hacia el crimen.

Nueva provincia dominicana.—El Rmo. P. Mtro. General de la Orden ha firmado en la fiesta del Rosario de este año el decreto, en virtud del cual queda erigida canónicamente la Provincia de Santo Domingo de Canadá.

En 1873 llegaban á S. Jacinto de Canadá los dominicos de la Provincia de París, fundando la primera Casa de la Orden. Hoy ya son Provincia. El P. Enrique Hage ha sido nombrado primer Provincial. Enviamos á nuestros hermanos de Sto. Domingo de Canadá nuestra felicitación por sus trabajos y los más ardientes votos por el florecimiento de la nueva *Provincia*.

El P. Janvier.—El Cardenal Merry del Val, en nombre de Su Santidad, escribe una carta al Padre Janvier, O. P., alabando su obra apologética en Ntra Sra. de París, y dándole las gracias por el último volumen «*La Gracia*», que el P. Janvier ha enviado á Su Santidad. El P. Juanmiquel está traduciendo las tan famosas conferencias del P. Janvier al español. No dudamos de que tendrán en España un éxito tan extraordinario como el que han obtenido en Francia.

También los chinos!..—El Celeste Imperio se halla en revolución con deseos de pasar á República, aunque no sea celeste. Ha habido encuentros, luchas, sangre vertida, etc., etc. Nada, que la República en estos tiempos se impone poco menos que una *moda parisién*. Las últimas noticias dicen que ya se está apaciguando lo de los chinos y que el general Patau ha recibido un comunicado del jefe de los revolucionarios, pidiéndole parlamentar, para dar fin á la revolución.

No está mal —En Alemania está prohibido mendigar. Al que se coja mendigando, si es útil para el trabajo y no quiere trabajar, se le detiene como á vago y castiga sin contemplaciones, y, si es un verdadero inválido, se le conduce á un asilo, donde se le provee de todo lo que necesite. Por este medio han desaparecido muchos pobres que se dedicaban á pedir estando con salud y fuerzas para ganarse honradamente la vida, y los verdaderos pobres están mejor atendidos.

BIBLIOGRAFIA

EL GRAN ROTATIVO CATÓLICO, por el Ilmo. Sr. D. Antolín López Peláez, Obispo de Jaca.

Es un folleto destinado á la propaganda en favor de la buena prensa periódica y en especial de la Agencia católica llamada Prensa Asociada. El Sr. Obispo de Jaca no deja enfriar un punto su entusiasmo y su celo en favor del periodismo católico, entusiasmo que se manifiesta en multitud de publicaciones como la presente, en conferencias públicas, y por otros muchos medios con que no cesa de estimular la generosidad de los católicos, en favor de la prensa periódica. Gracias á Dios que ya empiezan á recogerse los frutos de estas campañas, pues algunos católicos han hecho de poco tiempo á esta parte donativos y legados importantes á varias publicaciones. Que se cumplan pronto los anhelos del Ilmo. Sr. Obispo de Jaca de que el catolicismo tenga en España un gran rotativo superior en todo á los periódicos anticlericales, es lo que nosotros deseamos también.

* * *

LA FAMILIA Y EL ESTADO EN LA EDUCACIÓN, por el Padre A. D. Sertillange, Dominicano, Profesor de Filosofía en el Instituto católico de París.—Traducción de Jenaro González Carreño. Editado por la Biblioteca Ciencia y Acción, Saturnino Calleja, Madrid. Precio del tomo, 1 peseta en rústica, 1,75 en pasta.

El P. Sertillanges es conocidísimo en el campo de la ciencia por sus obras filosóficas y sociales, escritas siempre en estilo ameno y sugestivo. En el presente libro, pequeño en volumen (173 págs.) pero rico en ideas luminosas, en observaciones atinadas y todo el saturado de doctrina nutritiva, se discute el gran problema de la educación, los derechos de los padres y del Estado sobre el niño, condiciones de la enseñanza que éste ha de recibir, etc., etc. No es necesario decir que el Autor se pronuncia en contra del laicismo y de la neutralidad escolar. A los padres les concede el derecho de instruir á sus hijos, y sobre ellos carga la responsabilidad principal. Los derechos del Estado los encierra en esta fórmula: proteger, inspeccionar y promover. «El libro, dice el traductor, asombra por la cultura, por la fuerza de análisis y por la brillantez del estilo». Nosotros le deseamos una aceptación tan propicia como la que ha tenido en Francia y él se merece. Y, para terminar, vaya un aplauso para la Biblioteca CIENCIA Y ACCIÓN, que tan fecunda obra de cultura está realizando en nuestra Patria.

FR. J. P.

SALAMANCA.—Imp. Católica Salmanticense y Encuadernación.